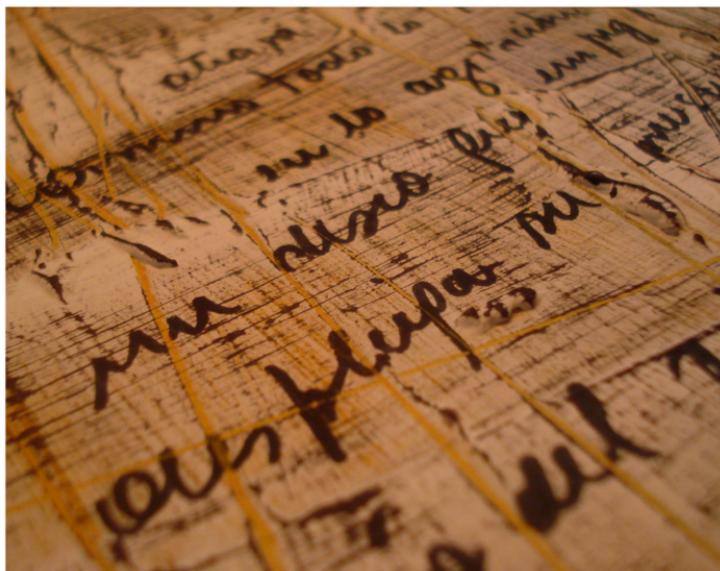


LA CALIGRAFÍA DEL SILENCIO

Marta Magdalena Ferreyra



La caligrafía del silencio

Marta Magdalena Ferreyra



Ferreyra, Marta Magdalena

La caligrafía del silencio / Marta Magdalena Ferreyra ; fotografías de Paola Andrea Galano ; ilustrado por Paola Andrea Galano.

- 1a ed. - Mar del Plata : EUDEM, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-4440-93-8

1. Poesía Argentina. I. Galano, Paola Andrea, fot. II. Título.

CDD A861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o método, sin autorización previa de los autores.

ISBN: 978-987-4440-93-8

Este libro fue evaluado por Rafael Felipe Oteriño

Primera edición: agosto 2020

© 2020, Marta Magdalena Ferreyra

© 2020, EUDEM

Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata

3 de Febrero 2538 / Mar del Plata / Argentina

Arte y Diagramación: Luciano Alem y Agustina Cosulich

Imágenes de interior y tapa: Paola Andrea Galano



Libro
Universitario
Argentino

Dedicar un libro es abrir la puerta al huerto íntimo de las imágenes, a los insomnios de las ideas, al territorio del alma. Es decir a viva voz lo importante que son esas personas para nuestra vida. Es manuscibir una declaración de amor, un homenaje a los seres que nos acompañan en este camino:

A mis padres, Marta Celia y Alcides.

A mi compañero, Germán.

A mis amigas, las que están y las que partieron.

Todos ellos participan de estas páginas, son coautores.

*Abre el oído,
sometelo al silencio
de las flores*

ONITSURA

A modo de prólogo

Agradezco a Marta Ferreyra la invitación a sumergirme en este poemario que, como *Labios de retama* y *Pasajera de la tormenta*, ofrece una apasionante indagación vital y artística. Evito anticiparme al lector y me resisto a la tentación de citar los innumerables versos que me conmovieron. En estas páginas que me han sido regaladas, solo quisiera convidarlos a entrar en *La caligrafía del silencio*. Porque lo primero que descubro es que necesito respetar su atmósfera delicada y sin estridencias; su tono siempre confidencial, por momentos un susurro que aquieta y pone al descubierto nuestra secreta necesidad de acunarnos, de pausar los trabajos exteriores para ingresar en una dimensión que nos restaure: un ejercicio tan inusual en nuestros días.

La naturaleza, protagonista innegable del poemario, no se agota en sí misma ni refiere a una entidad trascendente, sino que opera como un tránsito hacia el interior y estimula el contacto con el amado. Es notable la predilección por lo etéreo: plumas, rocío, aire; aunque la mirada contagia su evanescencia a todos los seres. Sobre ese fondo de ternura, la majestuosidad del mar o la energía animal cobran una fuerza inusitada. Porque también hay aquí “caballos sin riendas”, “roca del sentido”: una férrea

voluntad. Imágenes contrastantes como las del cordero y el tigre en los *Cantos de inocencia y experiencia* de William Blake, que exaltan esos estados contrarios de la vida humana. Salir al encuentro del deseo, del temor y de la ira es un trabajo peligroso, nos enfrenta a un vértigo de precipicio, a una amenaza de naufragio, a una premonición de desencuentro... y sin embargo resulta ineludible y finalmente balsámico. Porque por sobre todo se descubren las ansias inquebrantables de “forestar”, de “hidratar”, de ser instrumento de fecundidad.

La expresión del universo sensible cuaja en metáforas y analogías, que buscan dar un nombre a lo inefable. La palabra es una entidad casi física, una clave. Se celebran las imágenes de la vida cotidiana, se las retiene para examinarlas, como en una foto o una postal. Es una sucesión de cuadros en los que predomina la impresión, punto de encuentro entre la emoción y el pensamiento. Para captar esas alternancias es necesario un estado de alerta constante, una percepción sensorial aguzada. Los diferentes estímulos confluyen en una sensación única, que cautiva la conciencia: la visión, el tacto y el gusto se entrelazan en sinestesias copiosas, sugestivas.

La confluencia de lo pequeño y lo grande es una constante, quizás por la vocación subyacente de abrazarlo todo, de cantar un himno agradecido a la heterogeneidad de la belleza, capaz de cobijar “un parpadeo del tiempo o una grieta de siglos”. Lo minúsculo esconde un secreto infinito; lo enorme se vuelve imperceptible como un estremecimiento. La candidez del diminutivo se agiganta hasta colmar el poema, hasta rebasarlo, hasta rebasarnos, hasta hacerse voz con nuestra voz.

El tiempo y el espacio se configuran como un hilo, un “filamento”, una “gota de rocío”, una “hebra de lana”; se trata de una experiencia universal y cósmica que solo se manifiesta en lo particular, en lo mínimo, en un espacio común del que nadie es ajeno. En todas las cosas hay una memoria, una esencia que soporta y sostiene las metamorfosis, el cambio permanente. Cada poema indaga, a su manera, en los vestigios. Nos animamos a caracterizar esta escritura como una poética de la huella, pues rastrea con deleite las marcas del tiempo para no sucumbir a la desorientación. Sin indicadores cronológicos precisos, nos sale al encuentro algún que otro indicio de contemporaneidad, aunque incluso en esos casos el mundo interior se desgaja del vértigo y preserva su propio ritmo.

Los fragmentos en prosa hilvanan las experiencias de una mujer que transita y observa. Parafraseando a Mallarmé, podríamos decir que “la contemplación fue su Beatriz”. La poeta es a la vez viajera y guía, se deja conducir por la poesía que ella misma crea. Fascinada por el entorno, emprende su camino hacia adentro y hacia abajo. Si se desdobra retóricamente es para verse desde otros ángulos, sin resignar ninguna cara del prisma que la constituye. Gracias al lenguaje enhebra la memoria, la contemplación y el presagio. El devenir no se naturaliza: es motivo de asombro, casi de arrobamiento.

La mujer regresa hacia su infancia para reencontrarse, para hermanarse consigo misma, para exaltar el valor del juego, para hilvanar los pasos de su maduración mediante diálogos lógicamente imposibles: la subjetividad trasciende las restricciones categoriales de tiempo y espacio. El romántico inglés William Wordsworth valorizó la infancia y redefinió sus coordenadas al proclamar que “el niño

es el padre del hombre”; aquí también la niña es semilla, es anuncio, es premonición: la que gesta. Es imposible eludir esa raíz. Por eso lo que prima en estas visitas al pasado no es la nostalgia, sino el reconocimiento; los objetos emblemáticos que, al igual que en los cuentos maravillosos, actúan como pistas para no extraviarse, como señas de identidad del héroe, como mojones del itinerario recorrido. Las sombras no son amenazantes, sino conversadoras. Hay algo oculto, gozoso o devastado, o más bien: gozoso *y* devastado, que fructifica en lo subterráneo.

Siempre es necesario andar y desandar, tejer y destejer, captar las presencias en las ausencias. Cada movimiento exige su opuesto en este acompasado vaivén. Los laberintos son infinitos; los rompecabezas, incompletos; la recurrencia de las puertas nos recuerda que somos seres de pasaje. Las superficies son vías de exploración: la gota, el espejo. Cada historia se sabe y se lee personalísima; no obstante, la ausencia de anécdotas, de marcas concretas, de detalles distintivos, permiten que nos alojemos en ellas y temblemos al unísono con su vibración. Las heridas, las grietas, los dolores sin nombre, son por lo mismo una experiencia que podemos adoptar. La palabra es un discurso de todos. Como gustaba decir Dylan Thomas, se trata de una poesía personal, pero no privada.

La simpleza del poemario trasunta la búsqueda de la justa medida, en un estilo que evoca los haikus. Supone un gran trabajo vital y poético arribar a esta sencillez; implica rebelarse contra el despilfarro, la distracción y el parloteo. La conciencia se sobresalta, sí, pero no frente a un relámpago de efímera violencia, sino con la luminosidad de una epifanía en términos de James Joyce, es decir, un momento fugaz de revelación que exige una actitud de

espera. Se abre así una grieta desde la que nos asomamos a un tiempo mítico. En el hacer poético se restablece la unidad perdida, el origen del mundo.

La alternancia de prosas y poemas genera una variación en los ritmos, análoga a los ciclos naturales. La impresión es breve, pero no pasajera. Ese ir y venir por la historia tiene su correlato en el abandono de la palabra para volver a ella, para situarnos una y otra vez en los mismos territorios que, por obra y gracia del devenir y de nuestra propia experiencia lectora, jamás serán idénticos. La repetición de temas y frases no solo imprime cohesión al poemario, explorando las diferentes perspectivas en la concentración del instante, sino que otorga profundidad a las imágenes. Se trata de una creación que, tal como esperaba Baudelaire, resulta “lo suficientemente contrastada como para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia”. Al igual que los niños, disfrutamos de la seguridad del reencuentro, del ritual. Si un tono melancólico emana del fracaso de la conquista, también es cierto que la certeza de lo inconquistable es fuente de libertad. Que el mundo no pueda ser sujetado, que insista, que resista, que esté con nosotros, pero también fuera de nosotros, es un consuelo.

El gesto poético no se distrae, sino que persigue una forma y la protege. Y por eso las diferentes interpelaciones al tú (al ser amado, a la mujer que es, a la niña que ha sido, a la naturaleza) asumen en todos los casos la forma de un diálogo amoroso, donde lo otro, lo siempre otro, es observado con atención curiosa, con respeto inquebrantable, con apego y también con desconcierto. Es justamente una aceptación y hasta un cultivo del descon-

cierto lo que se nos propone, a nosotros, pasajeros de un mundo que organiza y clasifica. Lo inefable es la reverberación de esa cuerda. Como el roce del aire o de la pluma acarician a la poeta, con la misma suavidad, así nos llegan sus palabras. Incitan a la suspensión, al recogimiento, a la detención como otra forma de actividad. La experiencia persiste y refulge en nuestra propia conmoción mínima, pero esencial.

Liliana Swiderski

the
we need
to
run
process

Los abismos de la sangre

¿Pero acaso no es la soledad también una presencia?

YASUNARI KAWABATA

De noche deambula con su presa a cuestas. El filo del aire desgarrar su lágrima en la pequeña luna del rocío. Arrastra la presa, la sacude. Despliega la musculatura de su deseo, mitad miedo, mitad ira. Un deseo que empuja su cuerpo en la agitación despiadada. Arroja la presa, la vuelve a atrapar mil veces y la atesora en la mandíbula. Camina toda la noche cargándola, mientras gruñe, mientras llora; siente las agujas del agotamiento y trastabilla, el peso de la presa comprime su mirada entre los dientes. La pequeña luna del rocío abre una hendidura en la tersura de la nube y una línea blanca enciende la boca de los estanques. El reflejo le devuelve en un estallido la imagen: allí está, sola con ella misma.

Palabras mudas sonidos huecos
algo de todo lo que se dice es silencio
el inestable peso de las letras que no hablan
encuentran un lugar en nuestra espalda
tienen la densidad de un sobresalto lento
de una esperanza que se resquebraja de tanto esperar
las palabras mudas despiertan en los ojos
caminan en la cara y se sueldan al dolor

madura el fruto en el vértigo de la rama
aguaceros corcovean en los puntos cardinales
y el fruto sostiene su fragilidad
quizás el latido
se empecine en las ramas de la vida
aun cuando ni siquiera percibimos la tormenta

Atravesó la región de las palabras y después de saciar la sed durmió profundamente debajo de la sombra de sus recuerdos. Algunos tenían un gran follaje y daban cobijo a todo tipo de emplumadas imágenes. Otros eran austeros y solo cobijaban trinos. Por entre la enramada el sol urdía un horizonte para el amanecer. Ella descansó varios años de memoria y cuando despertó creyó que había nacido. O que había retornado de un viaje por sus venas. O por las venas del pasado. Presintió palabras nuevas; quizás sonidos nuevos para palabras de siempre. Y comenzó a nombrar su vida. Empezó por los recuerdos que tienen el patio amplio y los gritos del recreo, y la madre con el almuerzo que sacia todos los temores. Rodó escaleras abajo aferrada al cuerpo tibio de la lágrima y ya no quiso seguir nombrándose. La niñez insistió hasta que logró tomar su mano y la condujo otra vez al patio soleado de la infancia. A la pradera inmensa de los asombros. A la extensión de todos los deseos recién deseados. Y la llevó a correr por los caminos que se desmenuzaban como un pan en el bolsillo. Por fin, pudo sonreír. Apenitas, sin que se dé cuenta el recuerdo. Y otra palabra le pareció recién nacida. O el sonido más fragante. O su voz. Y el silencio la rodeó por los hombros como la bienvenida después

de una larga ausencia. Porque las palabras suelen olvidar el camino de regreso y se quedan solitas pegadas a un recuerdo. Y ya no se dicen, se quedan sin cuerpo. Pero en ese momento, ella descubrió que las palabras tienen regiones pobladas por personas que se trasladan en el sonido; las decimos y se presentan en la voz. Ella descubrió que hay pasajes entre una palabra y otra como claves para descifrar su vida. Su historia. Porque la vida parece estar tejida con palabras.

por esta hendidja un mar y sus tormentas
hurgan y truenan
en puntitas de pié observo el espectáculo
me salpica una imagen y es salada
la grieta tiene escolleras en la boca de la noche
la redonda palabra de la luna camina en mis labios
y me nombra
en la hendidja el mar zurce con su arena
mi vieja herida

años o segundos
un parpadeo del tiempo o un desgarro de siglos
todo cabe en un ahogo
que estalla en un instante

De pronto, percibe la encrucijada. Había transitado años o kilómetros sin detenerse en la palma abierta de la vida. Y ahora, este sendero se duplica y la duda se apersona sentadita en un vértice con gesto de asombro. Detiene la marcha y mira los ojos de la duda; tiene un sobresalto cuando se reconoce en ese rostro. El entrecejo lleva las marcas de añejas preocupaciones talladas en el olvido. Percibe un cansancio que viene rodando como un alud entre los huesos y se sienta junto a la duda, en un silencio cauto de felino. Nada se dicen. La duda se toma la cabeza y mira alternativamente los senderos. Las sombras comienzan a crecer desde la raíz del sol y la brisa fresca despierta las sensaciones del cuerpo. Se incorpora. Suspira. De reojo mira a la duda para ver si tomó una decisión, pero ella sigue con la mirada extraviada. Le tiende una mano, la duda titubea, pero luego de unos instantes se incorpora. Un camino queda sin andar y su misterio es un horizonte que se esconde detrás de una lomada. Un paso tras otro decide un sendero, la duda camina atrás como una sombra.

tengo tu ánimo vuelto tormenta
deseo empaparme
como cuando recuerdo sin llanto
y soy un bosquejo lento de la caricia

una noche de acantilados
invita a extraviarse en las mareas
y la tempestad del sueño
te devuelve el cuerpo en la mañana
como un náufrago
en la irremediable playa de la vida

La mujer recorrió con sus ojos los lugares que alguna vez transitó, una imagen suya se hidrató en el recuerdo. Le parecía otra, pero otra como ella hace tiempo, o este ser ella como un pretérito que le da una dimensión que casi no comprende. Observó las paredes, sintió el piso en los pies, un dulce extrañamiento recorrió su espalda. Soy la que fui, fui la semilla de la que soy. Vio a esa joven un tanto triste, un poquito alegre salir de un aula, vino a tomarle la mano. La mujer se encontró con la tibieza de una lejana mano entre sus manos, una sensación que se evapora y sin embargo impregna la sangre. Un encuentro puertas adentro del cuerpo, un encuentro para las venas de la memoria. La mujer experimenta su juventud en los fogonazos del recuerdo y el tiempo se le vuelve un latido. La joven la acompaña de la mano, le señala espacios habitados por imágenes y le susurra historias que solo ellas conocen, sonrío y en la sonrisa la melancolía se distiende, se sosiega como un animal asustado que encuentra el tacto de la ternura.

oleaje que demuele viejos espigones
memoriza mis laberintos
y los repite en las escolleras del cansancio
golpea inunda desborda
y arrastra hasta la orilla
el escombros del dolor

cómo se muere
después de que tus ojos
se precipitaron
en el hueco infinito de mi alma

quizás sea una cuestión de otoño
descubrirse desnuda en la hojarasca
cuando la soledad es sinuosa
y viaja en las nervaduras
hasta que las hojas caen
en los abismos de la sangre

¿Y si fueses esa pieza del rompecabezas que completa un universo? ¿O una palabra que, a pesar de vacilar, abre una puerta? ¿Y si fueses el comienzo de un hallazgo o el final de un precipicio? Se pensó en la punta de una espina, pero se encontró en la gota de rocío que hacía equilibrio en el filo del silencio. Y escribió la noche. El calendario amontonó días en un rincón de la casa y durante ese tiempo no abrió las ventanas. ¿Y si fueses la sed y el cántaro de tu propio misterio? Garabatos para los días de lluvia. Palabras tachadas en la madrugada. Escritura a contraviento de la razón. Trazos de sí misma que taladran las paredes. La mujer crece hacia dentro. Nadie lo sabe. Nadie lo ve.

ella navega la marejada de la lágrima
envuelta en los filos de la distancia
tiene una lanza de silencio en una mano
y en la otra su corazón felino

van y vienen las eternidades del mar
arrastran el ancla del horizonte

Hiciste esquejes del misterio y en las ramitas perfumadas del silencio se emplumaron las sílabas que pronuncian la vida. Ya no sé si son pájaros o parpadeos del viento o pedacitos de palabras que se volvieron humus. Yo dormitaba en los oleajes del tiempo intentando descifrar un gesto de tu mirada. Y cada tanto un naufragio. Y en cada naufragio marcas en la arena de la voz. Idas y venidas, círculos con la boca apenas abierta y este ser yo balbuceándose en la noche. A veces me asombra sentir cómo el tiempo, solo el tiempo, descifra los mapas transitados, y entonces el naufragio se me hace hallazgo y las idas y venidas una danza del camino.

el jardín germina sus secretos
en el trino de las plumas
intuyo sus conversaciones con mi sombra
permiso el roce de la espina
y el furtivo encuentro con el pétalo
a veces un filamento del rocío
vacila delicadamente en mi mejilla

an to fee

will

by and

como el fuego que lleva la memoria del árbol

*hay una floración
que nadie ve
un roble interno en los bosques*

SHIBA SONOME

La puerta se abrió con la suavidad de una pluma, sin hacer ruido, sin necesidad de tocar el picaporte. Había dormido y me había despertado cientos de veces apoyada en el marco con la esperanza de que llegaran las fuerzas para llamar. Y una luna nueva la puerta dejó ver su misterio. Mis ojos caminaron por la rendija sin atreverse a invitar el cuerpo. Y vi toda una noche dentro, siglos de lunas cabían en la mueca de la ranura. Y a tientas algo de mí comenzó a moverse. Transpuse el umbral y la oscuridad fue repentinamente aire, como si los músculos de la noche abanicaran el tiempo, como si de la entraña del dolor llegase un estambre a explicar la flor. Quizás el aire sea una manifestación de las alas y los pájaros una excusa del cielo. Quizás el mapa de los viajes sea una invitación puertas adentro de los cuerpos, como cuando te das cuenta que caminaste tanto para gozar extraviándote en vos misma. Quizás las puertas cerradas existan solo como una metáfora del desafío. Por eso aquella noche que tiene de todas las noches la clave de la luz, fui mi propio comienzo, como ese relámpago que es el principio de la tormenta, una línea que une fugazmente la noche con la luz y muestra la mano abierta de la eternidad.

había que transitar el fuego
con alas de madera
hasta que dejase de arder
la sangre del recuerdo

palabras perfumadas albahaca
palabras de agua entre las piedras cascada
palabras alfareras con manos y luna
tienen la arcilla de la noche
para ahuecar los sueños
hasta la semilla de tu nombre

Una huella remarcada en la lluvia y la rueda del tiempo se ancla en el pozo como un barco encallado. Los caballos de la voluntad guerrean en los pantanos de la tristeza hasta que logran girar una chispa de memoria. Resoplan enérgicos y sus fuerzas traen nuevamente un suspiro de aire.

en el sócalo de los nombres
los sonidos juegan a inventarnos

no estar o estar a medias
un personaje atiende en la casa de tu cuerpo
le hablo como quien aprende un idioma
y busca en un hormiguero palabras que decir

estás espacio para el vacío
estoy lugar para tu ausencia
qué difícil partir de tu nombre
qué trabajo abrir las manos y despedirte
la arena traza mis pisadas en una efímera presencia
en tanto exploro tu ausencia
como un sol en mis manos

¿Cómo era ser yo cuando el manzano tenía escalera y la vida era un fruto verde? ¿Cómo era ser yo cuando el camino zurcía el aire en las alas del deseo? ¿Cómo era el yo que me sostenía entre sus brazos mitad sol, mitad sombra? ¿Cómo era la luna de los senderos del sueño y los amaneceres espesos de promesas? ¿Cómo era ser yo cuando la piel no conocía el olvido? ¿Cómo era el llanto perplejo de asombro entre el cuenco de las manos? ¿Cómo era ser yo antes de la mujer?

cuando te busco me encuentro
como el árbol que es presagio de nidos
cuando me busco te encuentro
como la arena que lleva un océano dentro
como el agua que no se concibe sin aire

tu presencia retorna a exclamar su vacío
y se vuelve tangible de ausencia
como el fuego que lleva la memoria del árbol
y de la lluvia y el trino lejano de los nidos

Tengo este ovillo en las manos. Recorro el hilo con los dedos y pequeños nudos me encallan en una imagen. Camino este laberinto a contramano del olvido. Voy transcurriéndome. A tientas, como puedo, a veces en puntitas de pie para no despertarme, a veces acurrucada, muertita de miedo, a veces en el deseo de los campos que se abren como caballos sin riendas, a veces en el escalofrío de la caricia. Avanzo como puedo. Tengo el ovillito en la mano. Su textura me calma. Lluve en el techo del recuerdo y una rana ata los tientos de la memoria; su croar deambula en el cuenco de mi garganta. Estoy en la noche conmigo; exploro con un susurro las muecas de mi silencio. La lanita de la memoria tejió senderos en la sombra para no perderme. Avanzo como puedo. A veces estoy en cuclillas comprendiendo el misterio de los brotes, a veces una lágrima es un manantial que bendice. Tengo esta hebra atada al extremo de un acertijo; solía extraviarme cuando la niebla de la ausencia dormía la luna del amor. Hacer lo que se pueda con este ovillito, desenredarme, tocar el color de los hilos, seguir saboreando su textura. Camino. Tirito la nostalgia, estoy a dos aguas; la que está allá, del otro lado de la tormenta, festeja mi llegada. La abrazo. Largamente la abrazo.

la niña sostiene el espejo
mientras la imagen de mujer
completa los gestos de la vida

Ciertamente era como arrastrar un vagón. No se había dado cuenta hasta que sintió ese peso usurpando la espalda. Estuvo un largo tiempo desarmando las tramas del esfuerzo. Un tiento por vez. Examinó la materia de la que está hecha la voluntad; tomó en sus manos los huesos de cada acto, de cada sobresalto, de cada maniobra del ánimo y comprendió la textura de las intenciones. Desenredó los caminos que en la memoria habían paralizado la voz. Trabajó de día y de noche en el tránsito silencioso de todos los dolores. Con manos de aire acarició las palabras que se dicen por dentro antes de que rueden por los barrancos de la soledad. Tuvo que retornar a los lugares negados. Tuvo que escuchar los espacios callados. Ciertamente era como arrastrar un vagón. Hasta que se dio cuenta que se estaba cargando a sí misma.

arrecia el temporal deja al ras los deseos
somos náufragos empedernidos arañando muelles
es la marejada del recuerdo la que siempre salpica
la que inventa viaje de gaviotas en los ojos
el cielo es arena para el tacto
el mar nos recompensa
qué imprudencia
a pesar de las lágrimas me desnudo
y sonrío

Ella es la que se queda. Hay un patio de cerámico rojo con geranios y una galería interminable que une los dos extremos del mundo. Los inviernos tienen veranos del otro lado, pero aquí el frío es una eternidad lenta que embriaga. Ella es la que se queda. Hay un horizonte con vértebras de acero que culebrea en la ciudad. Es tan sur el paso del tiempo, tan carne magra pegada a la voz que siempre estamos por traspapelar nuestro destino. Ella distrae el calendario y se queda para baldear los recuerdos. Hay destempladas marionetas parlotando en el patio, toman mate y se cuentan viejos chismes. El país está sentado en el borde de una silla y masculla plegarias mientras se mece, cada tanto repasa memorias y se lamenta. Ella es la que se queda perdida en las galerías, hablando con los picaportes y espiando en los cuartos vacíos.

la mujer del silencio
traza vacíos en la mampostería del recuerdo
dormita en el subibaja
como si fuese una interminable mañana de domingo
que ya no se sufre
que ya no detiene

Las ramas tejen sombras donde se aquieta la respiración. En ese jardín los pétalos transparentan los ánimos. Así fue como descubrí tu manera de forestar. Una tardecita de geranios pude deslizarme en la metáfora del jardín donde habita tu alma. La enramada zurce mis pisadas y el abutilón multiplica colibríes. Una raíz con otra raíz es una selva en tu paisaje; salvaje, intenso aroma de verbenas. Soy una sospecha del rocío y me derramo en los labios del estambre. En el filamento de la nervadura tu latido es un murmullo de la savia. Una selva. Tu silencio tiene conversaciones con el aire. Observo la floresta en el éxtasis de un cuerpo que se reparte en las venas de la vegetación. Y en ese instante comprendo tu manera de forestar. De estos manzanos, de estos ciruelos, de cada azahar una semilla brinca y retoña. El gajo quebrado por el temporal enraíza ni bien toca la tierra. Y la lágrima es aguacero que riega. Así fue cómo descubrí los jardines de la gente. Quien cultiva un limonero, quien atesora una magnolia frondosa en la memoria, quien adora la espina del cardo silvestre, quien desea solo la gramilla... Quien ha cosechado los frutos de su árbol vital y los volvió semilla, fue así como comprendí tu jardín.

la meiju
el es com
des borda

las cursivas del aire

*Hoy el rocío
borrará lo escrito
en mi sombrero*

MATSUO BASHÓ

Tiempo o metros, una distancia que se evapora en mis pasos, como la travesía de un recuerdo, vas y venís en un parpadeo, pero te queda el sabor de todas las conversaciones. Algunas tardes atravesaba esos metros y llegaba a su reino. Ahora todo se me vuelve metáfora, pero sé que lo viví mitad sueño, mitad magia. Fui pasajera de su universo, quizás un aleteo que perduró en su mirada o un sortilegio que eternizó un suspiro para ventilar hasta el último rincón de mi oscuridad. Queda el relato de esa historia mil veces contada para mí, mil veces contada en el reverso de la emoción. Es mi relato en el que cuaja la realidad y foresta los recodos del desierto. Es mi relato el vestigio de la vida que cabalga en la palabra. Mi relato tiene su cuerpo presente, la sonrisa y la mano que se detiene en mi mano para siempre. Ahora escribo y tengo la convicción de la metáfora para traducir los recuerdos.

la hoja se estremeció
cuando el rocío susurró
la primera gota en su cuerpo

Esa tarde vi cómo su figura dialogaba con el aire. Vi o presentí la danza del silencio cortejando la soledad. Y tuve la premonición de la ternura. Su figura calcaba el cuerpo entre los sonidos que la luz descubre en las sombras. Mitad día, mitad noche, participó de la eternidad en el relámpago de la intuición. Una fugacidad o un sin tiempo o todo o simplemente una pausa.

una palabra escrita
sobre una palabra que se borra
la caricia escribe un cuerpo en el recuerdo
con la misma sangre
que manuscibe el aire

la pluma se demora en su caída
goza los roces de la brisa
y cuando llega al suelo
es una nevadura del aire

el molino bebe de su sombra
sus aspas saborean los gajos del sol
es una fruta redonda
que humedece el surco
en cada cursiva del aire

una pluma entre las manos
una palabra que anida en la hojarasca
la caricia la despierta
y se vuelve pájaro de letras

Da sigilosos pasos y se detiene. Observa con su mano la textura del suelo. Ahora hace equilibrios en un borde y abre los brazos como si tuviese alas. Equilibrista en la maroma de su herida. Se extiende una huella en medio de un silencio ardiente; la piel de la palabra necesita oxígeno. La herida es un camino que viborea el espacio de la voz y respira jadeante. Nada dice. Nada. Se diría que es una equilibrista del silencio, una habitante insomne de su noche. Pero la herida escribe un camino en la historia que calla; una senda que busca el cielo abierto. Entonces, el tacto del silencio comprende el sentido de la marca, de los trazos que la herida dejó en el espacio mudo de la voz. Y la herida es cicatriz en el instante mismo que se pronuncia. Una escritura en la piel del corazón. Ahora llena los pulmones de la palabra y se sienta en la grieta de la memoria. Repasa con la mano la dolencia. Se demora en el tacto y en simples pinceladas airea los mapas del dolor. Desanuda, desanda. Despliega los sueños.

en este perfil del aire
tu palabra se acomoda
no sé cuánto tiempo me dará
para aferrarme del risco
hasta que comience a soplar

susurra la mano
que está a punto de ser caricia
una duda del aire
la separa de otra piel

Es una imagen, una postal que dura un segundo en el prisma de la mirada. Bajo el alero la mujer se distiende. El sol juega con los contornos de su sombrero. Ella se recuesta en el sillón. Solo tengo esa imagen. Pero es suficiente. La siento profunda. Ahondada en la edad de una soledad que se le habita de personajes. Camina su viaje buscando la sombra del deseo postergado. Camino con ella. Enero tiene parrales donde la memoria madura dulce y embriaga. Elegimos uvas. Saboreamos en silencio las constelaciones del recuerdo. La mujer ignora la ráfaga de mis ojos. Ignora la otra mujer que la observa. Y continúa su viaje puertas adentro de la vida. Pero la caminata abre postigos, dibuja huellas, trama pasitos de garza en la ladera del lago. Deja una pisada casi de rocío. Estoy en el cristal de esa pequeña gota descubriendo mi rostro. Reflejo de mi reflejo en el tacto del latido. Parece que dormitara, pero la mujer se está poblando de su propio cuerpo. El viaje la renueva y la rescata. Fuimos presagios de nuestro presente. Somos viajeras de la eternidad cuando la caricia vuelve a inventar la piel. La mujer se acomoda el sombrero y sale al encuentro del sol tan consciente de las vendimias de su alma, tan ella que se encuentra con mis ojos y por un instante somos una en el filamento del aire.

tu personaje tiene un deseo
que se desnuda detrás de los espejos
ahora te ensaya
y del otro lado de las voces
habla silencios con mi cuerpo

una plaza una tarde de otoño
el frío tiene hojas de plátano en las manos
y yo te miro
un descalabro de años hace remolinos entre las dos
tomás mi mano para invitarme a la hamaca
nos suspendemos en el preciso instante
que el vaivén derrota las distancias

Quizás haya sido un marzo de tornasolado recuerdo. Quizás esa placita que se astilló en la memoria como polvo de otoño. Sentada en el banco, debajo de una acacia, la volví a ver. Parecía anclada en la que soy hoy; escribía desde su lápiz una nostalgia que aun no conocía. La vi dibujando caballos. En realidad, la vi en ancas de los sueños que después vivimos. Estaba con sus piernitas bailoteando todos los poemas que me fue escribiendo. Entendió mi camino antes de que yo lo caminara y dejó guardada una palabra para que la encuentre ahora. Una palabra o mi semilla.

camina los círculos del viento
y se le empluman las ideas
como nidos descolgados de las nubes
primero tienta las alas
y luego desanda el tiempo

en una hondonada de la nostalgia
un rebaño de recuerdos pasta cerca del olvido
las voces del cencerro
crepitan en la memoria
como abrojos de luna en el cuerpo de la noche

La niña que me acompaña susurra unas imágenes en mi mirada. Por un instante tengo su niñez fragante trepada a los árboles y sus rincones de sollozo tan cerca que me estremecen. Estoy en su memoria. Soy un terroncito de miel que se disuelve lento en el recuerdo. Sonríe. Y la tibieza solitaria de la lágrima me sorprende. La tristeza es un fogonazo mudo que estalla por dentro y luego te deja como desnuda en el desierto de todos tus silencios. Tus años de silencio. Tus niñas náufragas en la piel de la mujer. Y las mismas manos. Y los mismos párpados que aquietan la mirada. Y el cristalito de la lágrima camina abriendo una huella en los años. La niña es esta mujer que conoce los bordes de mi nombre, los huecos donde anidan los temores. La mujer es esta niña que susurra en mi corazón y sus dedos tejen poemas con los hilos del aire.

una llave en la boca de la noche

Meterse dentro del ciruelo
a base de cariño
a base de olfato

ONITSURA

la noche tiene escalones
que desafían la gravedad
parece que trepás
pero estás yendo hacia dentro

Hay un precipicio a la vuelta de la esquina. La boca de un cráter parlotea detrás de la oreja y repite las mismas frases; se aprendió nuestro abismo y lo mastica tan cerca del cansancio. Un precipicio percutido de viejos sobresaltos. A veces trastabillás y el mundo se tambalea en el estómago; así es este cráter. La mujer está sentada en su orillita y mueve las piernas como cuando estaba en el subibaja. Se asoma, ve la cetrina cavidad del miedo. Indaga delicadamente sus contornos, presiente los músculos del temor, intuye que allí se guarda la fuerza. Su fuerza tan parecida al reverso del miedo, pero tan cercana y firme como la hondura del precipicio. La mujer tuvo ese precipicio en las manos, lo ha transitado; conoce el momento exacto cuando la grieta de la vida engendra mariposa. La mujer se canta una canción que transforma el balbuceo del miedo; se mece suave para recordar sus alas y emprende un ligero vuelo alrededor de su cráter.

el caminito de las cabras
dibuja el serpenteante retorno
esas huellas sostienen el tiempo
vasija del aire para el olvido
cardos de la memoria
que florecen de noche

sobresaltos en el sótano
bajo a tientas con el vaivén de la vela
las sombras corren a esconderse
y sus risas mudas
me contagian la luz

Cerró puertas y postigos. Y la noche se quedó adentro como un felino agazapado. Ese fue el tiempo subterráneo. Cavó pórticos hacia el silencio. Una miniatura de sí misma servía para sobrevivir. Un embrión de laberinto creció como la raíz en la oscuridad; lo siguió a tientas tropezando con las reliquias del miedo. Rodó en caminos desérticos de abrasador frío y se durmió siglos en el filamento de la sombra. Fue el tiempo subterráneo. Y descendió al escalofrío donde la identidad se mezcla con el humus. El laberinto serpenteaba en los cuencos de la tierra y la humedad de las semillas encendía promesas de bosque en el latido. Y de la mano de su mano se sostuvo y rozó las grietas y percibió el vacío que habita entre palabras. Fue el tiempo subterráneo que abriga las raíces.

un instante
para el contacto de la noche con el día
el horizonte enlaza los extremos de la luz
en el cuerpo de la luna

una foto perpleja en el estómago de la noche
noche para este desvelo
luna para la lucidez
que se calza mi cuerpo
y alborota todos los deseos

Una noche tormentosa la mujer se vio obligada a abandonar su casa. Se marchó solo con un manojito de palabras. Durante años soportó el rocío filoso de los meses de invierno; habitó la intemperie del silencio. La casa vacía guardó en su memoria los abecedarios y un gran diccionario de términos fragantes; pero las enredaderas tapiaron las puertas y las ventanas. Creció un bosque en torno a la casa. Las frambuesas decoraron con mariposas rojas los bordes de los caminos. La lavanda perfumó la noche hasta sacarle estrellas al silencio. El jardín se pobló de pájaros y sus plumas brotaron como claves de sol. La casa buscaba a la mujer en cada esquina. La casa soñaba a la mujer todas las noches. Pero ella necesitaba estar fuera; necesitaba caminar las calles detrás de su sombra y se ausentó varios años. Un día la mujer añoró ese universo de sentidos que habitaba en su casa. Y comenzó a soñar la casa. Veía la luna danzar entre la hierba y entrar blanca por las hendijas de los postigos. Escuchaba las palabras desplazarse en puntitas de pie y balbucear canciones de la infancia. Todas las noches la mujer soñaba la casa. Hasta que una madrugada la casa y ella se encontraron en un sueño. Así fue como la mujer comenzó a retornar del largo viaje. Sueño a sueño recuperó la vigilia. Letra a letra recreó su alfabeto. Paso a paso encontró la huella del regreso. Y habitó nuevamente la casa de sus palabras, ahora sin temor a los silencios.

toco los espejos con los ojos cerrados
y la imagen me asalta en un latido

noche más acá de la piel
su sombra insoló la luna
con solo nombrar mi cuerpo

Claridades en este rectángulo de la noche. El picaporte de la ausencia perdió un tornillo y quedó dando vueltas en falso. Por entre las rendijas un filamento de luna se estira encerrando los pasillos y la pared del fondo. Escucho pasos. El pensamiento nocturno tiene personas despiertas, hablan y hablan contorsionando recuerdos o pedacitos de achaques o deudas a la caricia. Claridades en este rectángulo del insomnio. La gente entra y sale con la palabra boquiabierta, la luna ha desclavado las últimas sombras y se desparraman como manuscritos en el viento. Escucho pasos. Rechinan las imágenes de este lado del cansancio y una a una depositan caracolitos en mi pecho, un sonajero o lejanos perdigones de la memoria. La respiración se endeuda con la luna y brota como un cardo en el abrupto cuerpo de la noche. Escucho pasos. Abrazos almacenados en el fondo de cada gesto, nunca pronunciaron el cariño. Ahora rueda por el pasillo la palabra que no se dijo. Se detienen los pasos. El silencio se ahueca. Y escucho cómo se miran.

la mirada camina con pies de brisa
pasos sin huellas por el borde de la noche
te pienso o te sueño no sé
un silencio con picaporte
me invita a pronunciar tu nombre
y abro esa puerta tantas veces
que el sonido se vuelve cuerpo

te preguntás si la niebla es una forma de ausencia

Travesías en la boca de la noche. La luna zurce su ausencia, una oscuridad perfecta que pincela cuanto toca. La mujer es una pasajera del eclipse. Su pequeño velero navega aguas internas y como brújula lleva la cara oculta de su luna. La costa parece lejana, casi no se percibe, titilan vacilantes luces en la lejanía. Sus manos sostienen el timón y se adentra en la espesa niebla del abismo. Balbucea una delicada brisa que habla con las velas, se llenan de aire e impulsan el viaje; el oleaje invita a mecerse, abre el ánimo de las aguas para que el velero deslice su cuerpo. Flotan restos de naufragios. Los recuerdos se aferran a los maderos. Danzan lentos en el mar de la noche y golpean el casco del velero. La mujer no sabe si duerme, si ayuda con el remo, si ha naufragado, si sigue a flote... Busca su brújula, su luna, extiende un viejo mapa y enhebra acertijos en las sombras. El agua salpica suave, la despabila y una gotita marca un destino en su mapa. Suspira. Hondamente suspira porque un miedo se le presenta con rostros conocidos; algo de frío, quizás la bruma nocturna, quizá la duda que quiere tirar el ancla, quizás. Alguien sube al velero, alguien que conoce, no ve su rostro, pero le comprende el miedo. Pliega el mapa, guarda la brújula. Se cubre con su luna. Cierra los ojos. Experimenta el

vacío de un mapa que se borra. Tiene el sobresalto de todos los naufragios y, de pronto, este sol. Esta costa. Este amanecer. Un pequeño puerto la cobija. Abre los ojos. Se ve con un remo en cada mano. El cuerpo de los sueños descansa en su regazo, mitad luna, mitad sol.

los fríos tienen el insomnio
de los labios apretados
palabras y gestos del otoño
que se tragan hasta la mudez
estuve con mi frío
tan íntimos los dos
que nos dimos calor hasta poder llorar

una llave en la boca de la noche
un espacio entre palabras
para caer y trepar desde el ahogo
como un precipicio en la cicatriz del tiempo

Los lugares de tu ausencia tienen bahías que atesoran los cascos de viejos navíos. En el hueco de sus cascarones las embarcaciones protegen tus relatos. Algunas noches el mar desata las amarras y tu ausencia navega temporales. La madera cruje y dialoga con las olas; es un pez que vuela en un cielo líquido para sostener todos los recuerdos. Las velas engordan en el vendaval y acarrear las imágenes que la memoria le encomienda al corazón. Algunas noches todos los navíos se empecinan en alta mar; las anclas son barriletes que se traga el viento. Te puedo presentir. La luna estalla y sus filamentos se esparcen como luciérnagas posadas en el mástil de la noche. Y me cuento tu historia: un náufrago que se trepa por la borda de mi escritura.



entre la letra y el tacto

*la luna cala
entre mi ropa
hasta mi piel*

SUGITA HISAJO

La mujer observa sus pasos por el tiempo. Mientras tanto camina. Una caminata vida adentro como quien explora los laberintos de su historia. Cruza la avenida, se adentra en la garganta de la ciudad y calla; escucha. Siente su pecho, el ritmo de la respiración y el aire gratificante que llega hasta la piel. Los autos y las bocinas no molestan, acompañan; hay palabras que se acomodan de solo pensarlas, no necesitan ser pronunciadas, se acomodan. Camina, se detiene en el semáforo, cruza la calle, sigue. Se diría que está ausente, pero toda su presencia la habita. Y las palabras se reúnen en ronda y la invitan desde dentro a ser balbuceadas; las practica con la voz que la entiende sin que hable. Las palabras tienen llaves en la boca; algunas son para abrir canales subterráneos o compuertas, suelen ser peligrosas, pero fascinan. Las toca con el tacto interior y las disfruta. Siente un poco de cansancio cada tanto en las piernas, no obstante continúa esta caminata doble. Cada vez más íntima, cada vez más cerca suyo. Las palabras a veces guardan claves o secretos en un doblez, parecen planas pero tienen escondrijos, guaridas o descampados. A veces son de viento, a veces tienen fragancia; se hermanan con el recuerdo y levantan templos de memoria. Y se escuchan crepitar los pasos como chispas que multiplican fuego. La mujer saborea su identidad cuando camina; se diría que va encontrando instantáneas

de su vida y como en un rompecabezas ella misma se arma, se desarma, se vuelve a armar. Y juega. Cuando camina también juega. Porque esa niña que la lleva de la mano la comprende cuando le rueda una misteriosa lágrima por la mejilla, nada que explicar; las palabras callan suavemente porque dieron con la cerradura y están probando las llaves.

minuto sobre minuto espacio sin cuerpo
escribo tacho vuelvo a escribirme
como la niebla en los renglones del aire

la mano que sostiene el lápiz
camina dos barrancos paralelos
y su trazo abre surcos
entre el miedo y el deseo

las personas atesoran rastros nuestros
guardan trocitos de la historia que vivimos
los habitamos nos habitan
los forestamos nos forestan
tientos de una madeja que urde nuestra sonrisa
que teje y desteje que vive y desvive
soy tu presencia que desenreda mis huesos

Llegó como llegan las sorpresas. Y yo sin palabras. Así comenzó a contarme mi historia. Porque uno tiene su propia versión, pero hay otras. Esos relatos que se vuelven leyendas que el otro atesora. Una historia que es una llave. En ese momento no me di cuenta que esa parte mía era también suya. Y cuando nos contamos hidratamos imágenes y ellas se sientan a conversar con nosotros. Son hallazgos instantáneos. No entendí hasta hoy la riqueza del encuentro. Cada vez que llega es una sorpresa porque así también florece. Así le gusta. Historias de uno que otros resguardan como tesoros tímidos en el sótano del corazón. Una leyenda que te vuelve eterna en un segundo, heroína del cariño en un abrazo. Porque cada encuentro tiene de la sorpresa un relato manuscrito en la memoria, una historia pequeña, doméstica, pero intensa como cuando decís te amo.

te queda en la pupila del recuerdo
esa imagen de alguien que se te parece
una fotografía del silencio
el flash de la memoria
te vuelve a insolar
te deja perpleja frente a vos misma

Ahora los pies recuerdan. Los caminos cambian la piel y suelen olvidar sus trazos cuando el tiempo los transforma en recuerdo. Ella se escurre por una huella y recupera los pasos en los remolinos de su memoria. Quizás los senderos transitados se conserven como mapas ocultos en el cuerpo. Quizás esos mapas lleven la manuscrita obsesión de nuestras vidas y en los pliegues preserven los secretos de las encrucijadas. El camino es una consecuencia de los pies. Ella transita del revés los surcos del pasado. La hierba crece insolente y hace del olvido su mejor jardinero. Ya es una selva. Amo las selvas repentinas. Un humus de sorpresas. El camino se trepa a los árboles y serpentea con las ramas del sol. Ella cree que se ha perdido, que este regreso a la memoria está clavado en la tristeza. Pero los pies recuerdan y ahora se deslizan en las alas del silencio. Gotas de savia humectan el ánimo y el pergamino del dolor aquieta las cuarteadas heridas.

el tiempo puso del revés la tela del recuerdo
mostró las costuras
y probó la fortaleza de los hilos
así transcurrió el relato de la vida
mientras el tejido urdía palabras
rodé en el remiendo del dolor
como una mariposa de lana

así fue este hallazgo
a la intemperie
de todos los dolores
esta escalera tiene descensos
para que la noche esconda sus trincheras
entre la hojarasca del sueño
caigo o bajo o ruedo en una ranura del frío
acurruco las imágenes en la respiración
el aire serena la oscuridad y tiene eco en el latido
el rostro que guarda otros rostros
tiene mi piel y mis dolores
por un instante soy ese precipicio
un descenso en la grieta del tiempo

Cuando se despierta lo primero que percibe es la luz que gesticula formas sobre la pared. Entonces, recuerda el cuerpo, la identidad que tiene su historia y sus manos. El día propone senderos entre el follaje de las horas y su impalpable itinerario tiene recodos donde espera la conciencia. La bitácora del sol despliega caminos en todas las direcciones y hacia dentro; un rayo se filtra en la memoria y comienza a derramarse en los pliegues oscuros. Un mapa siempre es una invitación al viaje y este mapa traza pasadizos entre el instante presente y las huellas de la historia. La mujer deambula en círculos, el tiempo de la decisión tiene sus razones: la duda que indaga y la acurruca en el temor, el deseo que arenga desde las vísceras, la intuición que suspira mientras roza el alma y ese desafío de sacar a flote un náufrago añejo que parlotea por las noches. Ese desafío es un destello que abre el surco del túnel. La brújula señala un tiempo que anidó en una vacilante rama del olvido. La mujer decide el viaje. Está toda ella derramada en el mapa y así se transita. Cada partícula recorre su historia. Cada partícula viaja sus relatos, los desanda, los vuelve a contar, los observa como fotografías; se lee y se vuelve a escribir.

las cursivas
con sus piccitos de agua
humectan las mejillas del papel
quizá la emoción empuje sus pasos
cuando estoy
tan manuscrita en el deseo

Esa palabra que impacta en el estómago de la mirada y queda dando tumbos en la cristalería de la memoria; esa palabra me recuerda la vivacidad de la calle. Ni me atrevo a repetirla, la dejo que se calme y se recueste ya satisfecha sobre los vidrios rotos. La observo; estoy precavida como un animal perseguido. La palabra descansa en el borde filoso de su sonoridad. No quiero escucharla. Me alejo con pasos mudos y me escondo. Un invierno petrifica mi dolencia. Susurro a tientas, pero el frío es más denso, más sólido, más palabra cristalizada. Un viaje de líneas rectas que escarchan el horizonte. Hasta que tropiezo y la palabra me alcanza, me toma de la mano y me ayuda a levantarme. Veo sus ojos tan parecidos a los míos y un sobresalto de siglos me devuelve la sangre. Su mano, que es como la mía, me invita con un lápiz. Y durante toda la noche dibujamos lunas.

una palabra en las manos de la noche
estoy entre la letra y el tacto
expectante en la sensación de las sombras
una tregua de la mente
un precipicio que se aquieta en el alma

en el tacto estoy ovillada
toda la sensación se descongela en el contacto
como descubrir un mundo
cada vez que tomo tus manos

El precipicio flotando en un instante. Un latido que contiene eternidades. Segundos que devoran años. Se incrusta esa imagen en la retina de la oscuridad y sobresalta en el relámpago de un gesto tallado en la palabra. Así la vi: detenida en una solapa del tiempo. El frío giraba alrededor en una danza lenta. El tiempo y las fugacidades la sostenían en sus manos. Una marioneta del suspiro. Una barca encallada en el aire. Allí estaba, perpleja frente a los espejos rotos. Imágenes duplicadas de un estallido. Cómo es volver de una misma. Cómo es agrietarse de sensaciones en un parpadeo.

donde termina la palabra
un abismo tiende puentes colgantes
invita a los viajeros
a extraviarse
en el silencio

Si el antes me habitó reflejándose en el trazo que hoy llevo en las manos. Si las escaleras que se transitan del revés son pasajes en el tiempo o hendijas en mí misma. Si la sombra que no me pierde pisada fue acaparándome, empujando mi cuerpo hacia delante. Si todo alrededor pinta aljibes donde se multiplican los ecos de mi imagen. Si este reverberar de mi latido urde una consecuencia en el destello de tu alma. Entonces, quizás, la trama de mi escritura tenga rieles inexplorados que penetran la roca del sentido; papel para caballos sin riendas y tinta para llenar de cuerpo el estallido del amor.

los túneles de las hormigas
anudan kilómetros de tierra
que de pronto detonan en la superficie
así estas emociones
han almacenado precipicios
en los sótanos del alma
como hormiguitas en un jardín devastado

decir o callar es una pirueta del ánimo
porque la palabra se ha derramado en tu mano
y me enhebra con la sencillez del tacto

Un instante con todos los instantes. La sensación de que ahora, en este mismo momento, está tu tiempo con vos. Es un fragmento del infinito que se vuelve táctil. Es una pincelada del vacío que se completa con tus rostros, con tu presencia. Un barco que en el mar deja una estela, el sonido de las alas que abren el aire para luego retornar al silencio. La sensación de caer en un océano donde estás líquida. Sos el agua y sos la que nada. La que bucea profundidades. Estás líquida, pero también estás aire y hacés burbujitas con tu tiempo. Estás tiempo. Estás totalmente con vos. Un instante para rememorate. Para sucumbir dócilmente como un pétalo y rescatarte antes de tocar el suelo. O el fondo. Y regresar con un hallazgo del tamaño del latido. Un instante que no tiene posesivos. Un instante que abre las manos y la palabra es un beso o es tu nombre fresco y nuevo que te envuelve en un nacimiento. Estás aire para oxigenar la caminata de tu historia y completar de brisa los trazos de la vida. Estás líquida para deslizarte entre las piedras y reinventarte en el oleaje que siempre te devuelve a la playa. Naufragios de cuerpo adentro que ahora muestran sus tesoros al sol.

instante en la gota que multiplica colores
como una lenta lágrima
que mientras rueda
te demuele y te reinventa
este ser yo tiene los cristalitos
de ese ser vos
que nos despliega en las alas
de todos esos instantes nuestros

El tiempo
le suelta
sus...

La caligrafía del silencio

*Fiesta de los tejidos:
hay quien urde un poema,
quien espía su trama*

KYOSHI

manuscibo el silencio
en el papel del aire
voy y vengo con el lápiz
hasta encontrar mi voz

Transitó esa imagen en el mismo instante que toda la vida penetró en la grieta del dolor. Transitó el espacio que separa un parpadeo de otro y rodó en la dirección de los asombros. Nubes de gaviotas destejieron los bordes del tiempo y en esa fugacidad donde el aire es una constelación de la memoria se dio a luz. Un parto que reinventa. Ingresó en el cuenco frágil de la fortaleza y caminó hacia atrás el trazo de las palabras. Cursivas en la piel, una ortografía de ausencias en la lágrima que mancha el papel. La letra que se repite y marca la sangre, la palabra que se vuelve jinete y con la fusta ahonda en el significado de los silencios. Transitó su sexo en la luna errante de los deseos. Transitó las hebras de su cuerpo, alivió el tiento de las voces y el músculo de las palabras. Y ahora se diría que se está pariendo.

el lápiz tiene pies de tiempo
y se desplaza con ojos de asombro
en la tela del silencio

transcurre la palabra
tras las huellas de la vida
simple como la respiración del silencio

empuña el silencio con su lado izquierdo
y le saca filo hasta dejarme muda

Te preguntás cómo las palabras tienen semejante cuerpo para cargar con el peso de la vida. Esas palabras que a veces te parecen sonidos sin sentido. Esas palabras que suelen crujir en los aguaceros cuando las azota tu mente. Esas palabras que son concretas como piedras o como manos. Te preguntás cómo hablan de vos cuando pronuncian tu historia. Esas palabras de voces lejanas que te habitaron tan profundamente en alguna noche de la infancia. Esas palabras llanto, esas palabras risa, esas palabras beso. Tus palabras del derecho y del revés como la luna y su cara oscura. Tus palabras lugares y tus palabras gente. Y te quedás calladita, mirándote en el espejo empañado de tu palabra silencio.

esa niña roba caramelos de un recuerdo
y me convida
golosa recorro el pasadizo de la infancia
y a medida que avanzo
la ronda une nuestras manos
danzamos con la risa
hasta que la piel de la tinta
nos vuelve una con el verso

está desnudo el silencio
y tiene tu frío
tan en la garganta
que puedo escuchar mis latidos

momentos que se hidratan
vocecitas que llegan del silencio
una imagen te sujeta de los hombros
y balbucea personas de la ausencia

te contás tu historia sentadita en el sótano
tarareás un pasado hecho de retazos
y todas las piezas te dan un rostro
que se posa sobre tus otros rostros
una cara que es contracara
de todo lo que te han contado

La huella se abre como el pan casero y en cada rodaja un kilómetro despierta el apetito del viaje. El camino tiene varias direcciones, pero todas parten de tu propio mapa. Un laberinto que se apacigua para contarte una historia que ya conocés, pero que ahora se cuenta distinto. Los años, que son tiempo labrado con tu vida, se hidratan en la polvareda que las ruedas mezclan con el viento. Y sos esta mujer y sos aquella. Un brújula enhebra los puntos cardinales del recuerdo y hace de las dos la del presente. El camino serpentea difícil y agreste, no puedo dejar de compararlo con la vida, y en el ajetreo el humor trueca con las nubes. Cuando se unen los extremos de un itinerario parece que algo desconocido se lograra, como una inexplicable meta que se alcanza en silencio. La partida, la llegada y los incontables límites que los separan se reinventan en cada simple ocurrencia que te ofrece el camino. Y así tu historia, como la mía, vuelve a cuajar en la argamasa de la travesía cotidiana, en el sencillo desafío del cariño que comprende con la serenidad de la sonrisa.

la flecha retrocedió
buscó el carozo del pasado
atravesó la cáscara del olvido
y te trae una reliquia tuya
que tiembla en las manos
como un animal desesperado

silencios descalzos en las caminatas por la arena
hallazgos del tamaño de una piedra
tienen conversaciones con el alma
hallazgos simples que demuelen los miedos
tan simple como comprender el silencio

La mujer renovó la imagen del espejo. Sucedió una mañana. Inesperadamente, se tropezó con su rostro en el espejo. Y se reconoció. Pero un reconocimiento extenso, como una caminata por toda la noche de las noches de su vida, como llegar a un lugar después de mucho andar y de haber olvidado el destino. Llegó a sí misma; es decir, a la puerta de su mirada. La imagen del espejo la descubrió. La observó. Cuando la mirada reconoció los sitios de la vida se detuvo en el trayecto de los ojos. Todo lo visto le devolvió una fotografía de sí misma fechada en el sin tiempo de los momentos que se vuelven uno solo; algo parecido a comprenderse en un relámpago de lucidez. Fugaz, pero intenso. Fue como ensamblar múltiples piezas derramadas a través de los años. Dibujó el propio rostro en la fragua de todos los naufragios y se reconoció.

el silencio tiene grutas
donde la soledad susurra nombres

la distancia es un laberinto
que se trepa por las piernas
y te aleja
aunque escuche tus ojos
y vea tu silencio

palabras de sangre fría
o ranas en el estanque del silencio
saltitos de la voz
que casi dice
y que se calla

tu silencio murmura
en la caligrafía de mi soledad
cómo se dice lo que no se dice
mi soledad murmura
en la caligrafía de tu silencio

La mujer percibió una zona que le era extraña. La sintió con el tacto de su voz. Las palabras que decía iban probando la superficie nueva. Entonces, elevó el tono para cerciorarse de que realmente estaba encontrando una zona inexplorada. Y las palabras se treparon a su voz y taladraron una pared del tamaño de una boca cerrada. La mujer se llevó la mano a los labios y casi tuvo miedo de su voz. Y casi se arrepiente del asombro de sus palabras y quiso esconderse de nuevo detrás de sus labios. Pero no, ya no pudo. Su voz la enhebró y en los hilos de las palabras se vio como un amplio tejido que mezclaba colores y texturas. Se vio áspera y a la vez delicada. Experimentó el tacto de su profundidad. Y habló escuchándose en los pliegues del tejido; rozó sus bordes, sintió la piel de su silencio tan poblado que tuvo el coraje de ser caricia. Pero de las caricias que nacen desde las palabras que nunca se dijeron, de las que no se dijo. Una caricia como una palabra negada o una palabra como una caricia negada. O quizás esa zona que está entre las grietas del dolor, pero que tiene vecindad con el coraje, como una declaración de vida.

estoy en una esquina del espejo
y una arañita del tiempo me desteje
entonces llega esa otra mujer de ayer
como un trazo lento de la respiración
se encuentra con este parpadeo del presente
y me obsequia una sonrisa

